VILLA DE PEÑAFIEL

Silueta del Castillo

La villa de Peñafiel (Valladolid) se aposenta a la sombra del cerro de su castillo hundiendo sus raíces en la historia de España. Dos ríos cruzan su término, el Duero que viene desde tierras burgalesas siguiendo la ruta del sol, y el Duratón que lo hace desde los páramos segovianos entre huertas, molinos y puentes, para rendir cuentas en el padre Duero –*que todas las aguas bebo*–.

La comarca de Peñafiel siempre fue zona de fricción entre pueblos. Situada en la vieja linde romana que separaba a los arévacos de los vacceos, sería más tarde lugar de enfrentamiento del naciente expansionismo castellano de Fernán González, frente a los intereses de los reyes leoneses.

En el año 943 Fernán González aparecía en los cartularios como conde independiente de Castilla. Por ese tiempo fue cuando su primo, Ruy Laínez pobló y fortificó Peñafiel en las riberas del Duero. Codiciada la villa por los moros, atacáronla repetidas veces, hasta que en el año 995 cayó en poder de las huestes de Almanzor, tras el fortuito encuentro de armas en el que murió el conde Garcí Fernández, el de las Manos Blancas, hijo de Fernán González y Sancha Sánchez.

A principios del siglo XI, año 1012, la reconquistó para los cristianos el conde Sancho García, el de los Buenos Fueros, hijo y nieto respectivamente de los anteriores, quien no sólo le cambió el primitivo nombre de –*Peña Falcón*– por el de –*Penna Fidele*– Peñafiel, y pronunció la célebre frase –*Desde hoy en adelante esta será la peña más fiel de Castilla*–, también erigió un castillo en el emplazamiento del actual, la rodeó de murallas y la dio fueros. Desde entonces quedó esta villa en poder de los condes independientes, pasando después a la corona de Castilla bajo el reinado de Fernando I el Magno, primer rey de Castilla, y tras la batalla de Tamarón en 1037, también rey de León; primera unión de las dos coronas.

Con la conquista de Toledo por Alfonso VI en 1085, la población de Castilla inició un ligero crecimiento, ya que los peligros de la cercana frontera con tierras de moros se habían eliminado, pero la llegada de los almorávides africanos al-Ándalus, y el posterior cruce del puerto de Somosierra por Alí ibn Yusuf con sus

huestes cayendo sobre Castilla a sangre y fuego, hizo peligrar este incipiente despegue poblacional. Alí ibn Yusuf atacó la villa de Peñafiel cuyos moradores se defendieron valerosamente, hasta tal punto que las aguas del río Duratón se tornaron rojas por la sangre derramada en la batalla. Viendo Alí ibn Yusuf la imposibilidad de hacerse dueño de la plaza, levantó el cerco para nunca más volver a cruzar por la fértil vega de Peñafiel hueste mora alguna. Era el día 3 de agosto de 1086, fiesta de San Esteban, en cuya advocación se levantó la iglesia de la que hoy sólo se conserva la torre del reloj, para conmemorar este feliz acontecimiento.

Entre el 2 y 10 de abril de 1275 tuvo lugar en Peñafiel una importante entrevista del infante Fernando de la Cerda, en representación de su padre Alfonso X en ese momento en Francia defendiendo su candidatura al trono imperial ante el papa, con los obispos del reino que le trasladaron algunas quejas debido a la intervención de su padre en los asuntos eclesiásticos, que se saldó con una serie de acuerdos en los que se delimitaron las respectivas competencias de la justicia real y eclesiástica y se eximía a los clérigos del pago de algunos impuestos.

Tras el reinado de Alfonso X el Sabio, su segundo hijo, Sancho IV el Bravo se hizo coronar rey de Castilla en detrimento de su sobrino, el hijo de su difunto hermano mayor Alfonso de la Cerda muerto sin heredar, lo que provocó una guerra en la que la nobleza del reino estuvo dividida en partidarios de uno y otro bando. Don

Sancho IV agradeció la ayuda que su tío, el infante don Manuel de Castilla, le prestó durante la contienda, y tras ésta, le concedió el señorío de Peñafiel, que luego heredaría su hijo, el infante don Juan Manuel, dueño ya de otras muchas villas, pues entonces se decía que –*podía ir desde el reino de Navarra al de Granada, un caballero en su jumento, posando cada noche en villa cercada o en castillo suyo*–.

Algunas de estas villas fueron: castillo de Garcimuñoz –lugar de retiro de don Juan Manuel al final de sus días–, Alarcón y Belmonte en Cuenca; castillos de Cinchilla y Almansa en Albacete; castillos de Biar, Sax y Villena en Alicante, en los cuales residió también como adelantado del reino de Murcia, siendo muy grandes sus intereses en esta zona. Pero Peñafiel fue su corte, su refugio y finalmente su sepultura.

Huérfano de ambos progenitores a tierna edad, don Juan Manuel se crió en la corte de su primo Sancho IV el Bravo y de su esposa, la incomparable doña María Alfonso de Meneses, señora de Molina, más conocida como María de Molina. En esta corte, heredera de la del rey Alfonso X el Sabio, aprendió el infante, no sólo a guerrear y a cazar, sino que allí también tomó gusto por las letras, hasta el punto de afirmar –*Es mejor pasarlo en facer libros que en jugar dados e facer otras viles cosas*–.

El infante don Juan Manuel figura entre los primeros escritores castellanos, con sus obras: –*El conde Lucanor*–, –*El libro del caballero y el escudero*–, –*El libro*

de la caza– y otras, escritas todas ellas en la deliciosa –*fabliella*–, balbuceo de la lengua castellana de aquellos tiempos.

Doña Constanza Manuel, hija de don Juan Manuel, matrimonió con el príncipe heredero de Portugal, don Pedro I. Al país vecino marchó la doncella con su séquito, entre las que se hallaba su amiga y compañera de juegos, doña Inés de Castro, la –*Cuello de garza*–, llamada así por su belleza y elegancia. La adúltera pasión de don Pedro I, luego llamado el Cruel, mató de pena a la infeliz Constanza que a los 21 años moría a las orillas del Tajo. Otra hija tuvo el infante, doña Juana Manuel, que casó con don Enrique, conde de Trastámara, quien en los campos de Montiel dio muerte a su hermanastro, el rey don Pedro I el Cruel de Castilla, acción que pasó a la Historia como "El Regicidio de Montiel". De este modo, doña Juana Manuel y don Enrique II el de las Mercedes llegaron a ser reyes de Castilla. Su hijo primogénito heredó la corona con el nombre y ordinal de Juan I, y también heredó el señorío de Peñafiel, que de esta forma volvió a ser villa de realengo.

Entre los personajes de sangre real que señorearon Peñafiel, está don Fernando de Antequera, primer duque de Peñafiel, y luego del "Compromiso de Caspe", rey de Aragón, su hijo Juan II de Aragón, rey consorte de Navarra por su matrimonio con doña Blanca, quien en 1422 dio a luz en este castillo de Peñafiel a su hijo primogénito, don Carlos príncipe de Viana, célebre por

sus talentos, sus desventuras y por su temprana y misteriosa muerte.

Después, los reyes castellanos cedieron este señorío a otras personas de la nobleza, hasta que Felipe III se lo otorgó a la familia Téllez Girón, duques de Osuna, cuyos emblemas heráldicos figuran en la torre del homenaje del castillo.

Siete valles se dominan desde el alto espigón, donde está plantada la fortaleza de 210 metros de largo, con 20 de anchura máxima, semejante a un navío, una de las más bellas fortalezas cristianas del medievo realizada en piedra blanca de perfecta labra, hoy día magníficamente restaurado. En su interior se ha instalado el **Museo Provincial del Vino de la Ribera**, no en balde Peñafiel es una de las poblaciones de referencia vitivinícola y despensa de los caldos de la Ribera del Duero.

Los cuidados espirituales de los habitantes de Peñafiel son atendidos por la iglesia de **San Miguel** y el **convento de San Pablo,** fundado por el infante don Juan Manuel para los dominicos, en homenaje a la beata Juana de Haza, madre de Santo Domingo de Guzmán, allí enterrada. También se hizo enterrar aquí el infante don Juan Manuel, pero de su bulto funerario sólo se conserva el busto, tras dos incendios en los que se perdió su biblioteca y muchos otros tesoros.

Aunque la villa en su conjunto está necesitada de una restauración, Peñafiel conserva la **plaza del Coso** dedicada desde tiempos medievales a la celebración de

justas, torneos, fiestas y acoso de reses. Aún hoy se sigue utilizando en las fiestas patronales para las corridas de toros. Esta plaza presenta una peculiaridad única en tierras castellanas, esta es el **derecho de vistas.** Este derecho de vistas es una tradición que arranca en el siglo XIII y consiste en que los dueños y moradores de las balconadas que dan a la plaza vendieron los derechos de vistas (como palcos de hoy) durante los torneos u otros actos que se desarrollaran en la plaza por una cantidad de dinero entonces determinado, y estos derechos de vistas pasaron, mediante testamento, de padres a hijos hasta nuestros días, que aún persisten, pero ahora sin compensación económica, y en algunos casos todavía se ejercitan esos supuestos derechos del medievo.

Por

Juan Fco. Sanjuán Benito
www. juansanjuanbenito.es